

JULIA DOMNA II

SANTIAGO POSTEGUILO Y JULIA RETÓ A LOS DIOS

Cuando el enemigo es tu propio hijo, ¿existe la victoria?



Santiago Posteguillo



Y Julia retó a los dioses

Cuando el enemigo es tu propio hijo...,
¿existe la victoria?

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Santiago Posteguillo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Ilustraciones del interior: © Leo Flores

Mapa del interior: © GradualMap

Primera edición: marzo de 2020

Depósito legal: B. 2.743-2020

ISBN: 978-84-08-22469-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

DRAMATIS PERSONAE

Dioses de Roma

Júpiter, dios supremo

Dioses a favor de Julia

Minerva, hija de Júpiter, diosa de la estrategia, la inteligencia y la guerra justa

Juno, esposa de Júpiter, diosa de la familia

Cibeles, diosa de la fertilidad, la familia y la tierra

Proserpina, hija de Cibeles, diosa del inframundo

Dioses en contra de Julia

Vesta, diosa del hogar romano

Apolo, hermano gemelo de Diana, dios del sol, pero también de las enfermedades

Neptuno, dios de los mares

Diana, hermana gemela de Apolo, diosa de la caza y la luna

Marte, dios de la guerra destructiva

Otras deidades

Caronte, el barquero del inframundo

La familia de Julia

Julia Domna, esposa de Septimio Severo

Septimio Severo, emperador de Roma

Basiano (Antonino/Caracalla), hijo mayor de Julia y Severo
Geta, hijo menor de Julia y Severo
Julia Maesa, hermana de Julia
Alexiano, esposo de Maesa
Sohemias, hija mayor de Maesa y Alexiano
Avita Mamea, hija menor de Maesa y Alexiano
Sexto Vario (Antonino), nieto de Julia
Plautila, hija de Plauciano
Geta, hermano de Septimio Severo

Prefectos de la guardia imperial y otros pretorianos

Plauciano, prefecto de la guardia con Septimio Severo
Papiniano, prefecto de la guardia con Septimio Severo
Saturnino, prefecto de la guardia con Septimio Severo
Quinto Mecio, *praefectus Aegypti* y prefecto de la guardia
con Septimio Severo
Nemesiano, tribuno y prefecto de la guardia
Apolinaris, tribuno y prefecto de la guardia
Opelio Macrino, jefe de la caballería y tribuno pretoriano
Marcial, oficial pretoriano

Senadores y altos cargos del Imperio

Tito Sulpiciano, senador
Helvio Pértinax, senador, hijo del emperador Pértinax
Aurelio Pompeyano, senador, hijo del senador Claudio
Pompeyano
Julio Leto, *legatus* en Oriente
Gannys, *legatus* en Oriente

Aristócratas partos

Vologases V, rey de reyes y emperador de Partia
Vologases VI, primogénito de Vologases V
Artabano V, segundo hijo de Vologases V
Osroes, tercer hijo de Vologases V
Rev, consejero imperial
Olennieire, hija de Artabano V

Otros personajes

Galeno, médico griego de la familia imperial

Philistión, bibliotecario en Pérgamo

Calidio, esclavo *atriense* de la familia Severa

Lucia, esclava de Julia, esposa de Calidio

Aquilio Félix, jefe de los *frumentarii*, la policía secreta de Roma

Samónico, mago

Décimo, centurión

Marciano Tauro, centurión

Filóstrato, filósofo sofista

Antípatro, tutor de los hijos de Julia

Claudio Eliano, retórico

Nonia Celsa, esposa de Opelio Macrino

Diadumeniano, hijo de Opelio Macrino

PRIMERA ASAMBLEA DE LOS DIOSES
SOBRE EL CASO DE LA AUGUSTA JULIA DOMNA

—Julia es el origen de todos los males. Julia significará el fin de Roma.

Vesta hablaba con vehemencia. Era la líder que había promovido aquel cónclave en el Olimpo.

Júpiter escuchaba con cierto aire de fastidio. Temía una nueva división entre los dioses, como ya ocurriera durante la guerra de Troya o la mortífera persecución de Ulises por Neptuno. Y aquellos enfrentamientos resultaron tan agotadores... Júpiter había dejado en el suelo el orbe que solía sostener en la mano derecha y se entretenía en acariciar el cuello de la gran águila que estaba a sus pies. Mantenía el cetro en la mano izquierda para no perder su presencia majestuosa y de poder absoluto ante el resto de las deidades congregadas aquella mañana. Intentaba encontrar un justo punto medio entre indiferencia y porte magno durante la larga soflama de Vesta contra la emperatriz madre del Imperio romano.

—Poco antes de que Julia Domna accediera al poder —continuaba la diosa del hogar, ajena al evidente desaire con el que el dios supremo la escuchaba—, ardió mi templo en el corazón de Roma. Era una advertencia de lo que se nos avecinaba. Es una extranjera y como tal debe ser desplazada del poder de Roma, alejada de allí..., aniquilada. Como hicimos con Cleopatra en el pasado, o con Berenice.

Júpiter suspiró. Las referencias a los finales trágicos de la reina de Egipto que intentó dominar la élite romana a través de sus relaciones con Julio César y Marco Antonio, o de Berenice, la amante del emperador Tito, quien también fue separada del poder de modo abrupto, daban forma a las intenciones de Vesta con respecto a Julia Domna. La diosa del fuego del hogar

romano estaba dejando claro qué sentencia anhelaba para la emperatriz: defenestración y muerte.

Júpiter tenía claro que para Vesta el peor delito de Julia Domna era ser oriental, una acusación, no obstante, con la que no habría conseguido llevar muy lejos su ataque contra la emperatriz romana, pero la diosa del hogar había sabido manipular a otros dioses del Olimpo esgrimiendo argumentos adicionales contra Julia: la había acusado también de promover en Roma el culto al dios sirio El-Gabal, una deidad que para los habitantes de aquella región controlaba el sol. Esto, por supuesto, había enfurecido a Apolo, dios del sol romano, que, de inmediato, se puso de parte de Vesta. Y con Apolo, como era habitual, vino el apoyo de su hermana gemela, Diana. Vesta, así, había conseguido el favor de dioses importantes. Pero, además, ya había llegado al cónclave arropada por las voluntades de todos los dioses indígenas romanos, los *dii indigetes*, que, si bien eran deidades menores, estaban a favor de la persecución que Vesta quería iniciar contra Julia por el mismo motivo que ella: por considerar a la emperatriz de origen sirio una extranjera usurpadora del poder imperial en Roma. Desde Consus a Flora, desde los dioses Lares a los Manes y Penates, hasta el siempre oscuro Ops, la exuberante Pomona, el misterioso Jano o el viejo Quirino, todas aquellas antiguas deidades romanas estaban de acuerdo con Vesta. El origen ancestral romano de todos estos dioses de menor rango los hacía muy proclives a apartar del poder imperial a una mujer oriental.

Por si esto fuera poco, el nuevo enfrentamiento entre dioses había dado ocasión a que se reavivaran rencillas del pasado: Minerva, la hija de Júpiter, diosa de la estrategia, valoraba enormemente la astucia con la que Julia había llegado al poder durante las guerras civiles de los años anteriores, pero ese posicionamiento de Minerva había hecho que Neptuno se manifestara en contra de Julia. El dios de las aguas tenía todavía mucha rabia acumulada tras su derrota en el enfrentamiento contra Minerva durante la persecución de Ulises. Marte, por su parte, siempre celoso de Minerva, con cuentas pendientes contra la hija de Júpiter desde la guerra de Troya, decidió aliarse también con Vesta y los suyos.

Pero había más dioses.

En el otro extremo estaban, por ejemplo, Juno y Cibeles, siempre propensas a fomentar la unión en la familia, y ambas veían con buenos ojos a una mujer como Julia que promovía una dinastía basada, precisamente, en los lazos familiares y no en las adopciones como la dinastía Ulpio-Aelia-Antonina anterior que había gobernado Roma durante los últimos decenios. Y con Cibeles, como siempre, iba el apoyo de su hija Proserpina.

Por otro lado, Plutón, Vulcano, Mercurio o Baco no tenían decidida su posición, pero, por lo general, no se sentían cómodos luchando en favor de una mujer. Así las cosas, Júpiter se mesó las barbas con la mano izquierda y valoró la situación, como si se hiciera un diagrama mental sobre quién estaba a favor o en contra de la emperatriz de Roma.

<i>A favor de Julia</i>	<i>En contra de Julia</i>
Minerva Juno Cibeles Proserpina	Vesta Neptuno Apolo Diana Marte Todos los <i>dii indigetes</i> (Consus, Jano, Quirino, Flora, Pomona, los Lares, Manes y Penates y demás deidades romanas menores)

Venus guardaba silencio, pero Júpiter intuía que favorecería a Julia, mientras que Vulcano, Plutón, Mercurio y Baco ya iban dando muestras, aproximándose al lado donde estaban reunidos Vesta, Apolo y Diana, de que se posicionarían en su contra.

La mayoría de los dioses enfrentados a Julia Domna y clamando contra ella era abrumadora. Pero Julia, por otro lado, no estaba sola, y Minerva ya se había mostrado en el pasado

muy capaz de liderar defensas eficaces de otros mortales perseguidos por una o más deidades encolerizadas.

Júpiter suspiró.

Otra guerra entre dioses.

Le había sorprendido que se hubiera iniciado por Vesta, una diosa habitualmente tranquila y cálida que no solía inmiscuirse en contiendas entre deidades, pero al dios supremo le resultaba evidente que Vesta se había lanzado a aquella caza contra Julia porque, de forma genuina, creía que la emperatriz de origen sirio era un peligro para Roma. En cualquier caso, fuera quien fuera el que hubiera dado inicio al conflicto, la guerra entre dioses allí estaba. Y obligación suya era gestionar aquella nueva locura con cierto orden.

Júpiter se pasó ahora la mano izquierda por el rostro y terminó, una vez más, mesándose la barba.

Todos esperaban su dictamen. Tenía que dar una sentencia que diera opciones a los dos bandos enfrentados.

—Sea —inició Júpiter con voz grave y agachándose para recoger el orbe del suelo y sostenerlo en alto mientras impartía su justicia—. A Julia se la probará hasta en cinco ocasiones. Cinco pruebas mortales tendrá que superar. Si las pasa, se mantendrá en el poder de Roma. Si no supera alguna de ellas..., bueno, van a ser pruebas todas ellas mortíferas. No ha lugar a que os explique cuál será su final.

Se hizo un silencio que Júpiter interpretó como aceptación general a su dictamen. Iba ya a disolver la asamblea cuando Vesta alzó de nuevo la voz:

—¿Y cuál será la primera de esas pruebas a vida o muerte?

Júpiter la miró fijamente a los ojos al tiempo que daba su respuesta.

—Coriolano, Bruto, Sejano...

Los dioses no necesitaban más explicaciones: Coriolano abandonó el bando romano para pasarse a los volscos y ayudarlos en sus ataques a la ciudad del Tíber; Bruto se revolvió contra Julio César, su padre adoptivo; el prefecto Sejano conspiró contra el emperador Tiberio. Aun así, para que quedara claro su mandato sin margen de duda alguna, Júpiter calificó su sentencia con una palabra definitiva:

—Traición.

El cónclave celestial, por fin, se disolvió.

Juno se acercó a Minerva y le habló al oído.

—Sabes que estoy contigo, que me parece bien defender la familia, en este caso, la familia imperial, pero estamos en minoría. No podremos contra todos.

—Salvé a Ulises, ¿no es cierto? —respondió la hija de Júpiter—. Salvaré a Julia.

Juno negó con la cabeza y apostilló unas palabras ominosas mirando al suelo.

—No veo cómo. No es como con Eneas. Entonces Marte, Neptuno, Apolo o Mercurio estaban defendiéndolo. Ahora los tres primeros están en contra de Julia, y de Mercurio no me fío. Son demasiados.

Minerva sonrió y le murmuró unas palabras al oído.

—Tengo un aliado secreto. No ha venido al cónclave, pero está con nosotras. Te recuerdo que soy la diosa de la estrategia y de la sabiduría.

DIARIO SECRETO DE GALENO

*Anotaciones sobre Plauciano,
jefe del pretorio con Severo*

Julia había sobrevivido a la locura y el asesinato de Cómodo. Se las había ingeniado para escapar de Roma durante el débil reinado del malogrado Pértinax. Acompañó a su esposo, Septimio Severo, en el avance de este contra Juliano y, muerto el senador corrupto que había comprado el Imperio, Julia marchó con Severo hacia Oriente. La guerra civil contra Nigro fue cruenta, pero el gobernador de Siria fue ejecutado por las tropas de Severo. Julia insistió entonces en no conformarse con el dominio absoluto del Imperio. Ansiaba establecer una dinastía y persuadió a su esposo para que elevara al primogénito de la familia, el pequeño Basiano, ya con el nuevo nombre de Antonino, a la dignidad de César y heredero. Sabía que Clodio Albino, nombrado antes César por Severo para asegurarse su lealtad durante la guerra contra Nigro, no aceptaría compartir la sucesión con el joven Antonino, pero eso no pareció importar demasiado a Julia. Vino una nueva guerra civil. Julia confiaba en la destreza militar de su esposo. El enfrentamiento llevó a Severo al límite de su capacidad y de sus fuerzas, pero, siempre respaldado por Julia, en particular, aquella larga noche entre los dos días de la brutal batalla de Lugdunum, salió, una vez más, victorioso él y ella quedó como la emperatriz más poderosa que nunca había conocido Roma.

Sin Cómodo, ni Pértinax, ni Juliano, ni Nigro ni Albino, Julia, por fin, lo había logrado: su esposo era el señor todopoderoso del Imperio romano y su hijo Antonino su sucesor y, por si fuera poco, contaban con el pequeño Geta para garantizar la dinastía en caso de que algo le ocurriera al primogénito.

Todo estaba logrado y todo habría sido perfecto de no ser por... el enemigo interno: Severo mantuvo a Plauciano junto a él como único jefe del pretorio y su poder fue creciendo de forma imparable, a la par que su ambición. Plauciano podría haberse conformado con ser el hombre más apreciado por el emperador y disfrutar de la posibilidad de enriquecerse con la aquiescencia del augusto. De hecho, tras la derrota de Albino pensé que el jefe del pretorio aceptaba la victoria absoluta de Julia y que no se atrevería ya a enfrentarse a ella, pero Plauciano quería más. Lo anhelaba todo.

Julia, igual que intuyó la debilidad de Pértinax o la capacidad de su esposo para sobreponerse al corrupto Juliano o a las legiones de los gobernadores de Siria y Britania, supo detectar la ambición de Plauciano con nitidez y antes que nadie. Pero esta vez, la emperatriz tenía una dificultad adicional para terminar con el nuevo enemigo: así como el propio Severo supo entender que Julia tenía razón respecto a la debilidad de Pértinax o comprendió con rapidez que tanto Juliano como Nigro o Albino eran enemigos, en el caso de Plauciano, el emperador estaba ciego. Para Severo, su jefe del pretorio era ese amigo de la infancia en el que podía confiar plenamente e interpretaba las sospechas de su esposa sobre el prefecto de la guardia como meros celos de mujer hacia un buen amigo del esposo.

Plauciano, por su parte, fue inteligente. Se mantuvo en silencio y obediente e inactivo con respecto a sus planes mientras Severo celebraba sus fastuosos juegos en el Circo Máximo. El prefecto empezó su traición con el inicio de una nueva campaña militar contra Partia. En la guerra todo es más confuso y sabía que en ese contexto bélico podía enmascarar sus acciones de modos diversos. Alguien tendría que estar muy pendiente para darse cuenta.

La campaña parta pospuso, por enésima vez, mi anhelado viaje a Alejandría. Disponía ya del salvoconducto para consultar todos los libros secretos de la gran biblioteca de Egipto. Estaba más cerca que nunca de acceder a los manuales escritos por Herófilo y Erasístrato sobre las disecciones humanas, prohibidas en mi tiempo, pero realizadas por estos maestros de la medicina siglos atrás. Leer esos libros podría cambiar mi conoci-

miento de tal forma que afectaría a todo lo que hacía, todos mis métodos, toda mi ciencia..., pero la familia imperial me requería en el séquito que iba a partir hacia Oriente. Era un nuevo retraso en mi búsqueda de aquellos manuales secretos, pero había habido tantos otros impedimentos en el pasado, que uno más no parecía grave. Por otro lado, Oriente me acercaba a Egipto y viajar con la corte imperial era mucho más seguro que navegar por el *Mare Internum* sujeto a ataques de piratas o a los caprichos de Neptuno. Viajar con la flota imperial por mar y con el ejército de Severo por tierra era el modo más fiable de garantizarse llegar sano y salvo a Oriente. La propia Julia, concedora de mis deseos de ir a la vieja biblioteca, me prometió que al término de la campaña parta pediría a su esposo visitar Egipto, a lo que se ve un viejo anhelo suyo.

Todo volvía a ponerse en marcha: la lucha por el poder de Roma en paralelo con mi búsqueda de los libros de Herófilo y Erasítrato. Era como si volviéramos al principio. Un segundo inicio. Un comienzo que esta vez tendría un final definitivo que habría de conducirnos a todos al reino de los muertos, claro que... la laguna Estigia se podía cruzar como un miserable o como un héroe, como un mero mortal o como alguien destinado a ser dios.